

FEDERICO DE ONÍS

por Arturo Usler Pietri, escritor venezolano, y representante de su país en la U.N.E.S.C.O-París.

Su rostro recordaba de una sugestiva manera las facciones de la Dama de Elche. El óvalo alargado, los pómulos altos, la boca recta, los ojos semicerrados y algo oblicuos, parecía mirar desde la más lejana historia y desde la más segura serenidad. Hablaba Federico de Onís con una voz martillada y reiterativa, que iba descubriendo al través de la paradoja y de la sorpresa las más profundas y valerosas verdades del hombre y de la creación literaria.

Oírle hablar del Quijote era una experiencia incomparable. Era como oír a España hablar de sí misma en una búsqueda desesperada de su contradictoria identidad. A ratos era el propio Caballero de la Mancha el que parecía hablar por su boca, contra las verdades convencionales de la erudición y de la historia escrita.

Se había formado a la sombra de las grandes figuras de la generación del 98. Su maestro, su paradigma, su antagonista y su demonio fue Unamuno. No Fray Luis de León, a quien consagró un extraordinario estudio, pero que estaba lejos de él por la indiferente calma sobrenatural con que miraba lo humano. A Unamuno, en cambio, lo acercaba la combativa, la agónica ansia de sentir hasta el fondo la trágica condición humana.

Había nacido entre los dorados muros de Salamanca, la de Nebrija y del Lazerillo, en aquel trasunto de la más esencial España; se había encaminado hacia la filología y la historia literaria, y se encontró con el gran vasco que predicaba la angustia existencial y la sinrazón quijotesca del hombre.

No podía resignarse a ser un erudito, confinado a la glosa interminable de los viejos textos, sino que se daba cuenta de que lo más significativo de la cultura estaba vivo en el pueblo, en sus tradiciones, en su lenguaje, en sus creencias y mitos. Se escapaba de los aburridos doctores para ir a oír al cantor popular decir su romance de Garineldos, o su corrido de Pancho Villa.

Estaba en quijotesca y perpetua salida contra el conformismo y la vulgaridad, que nada tienen que ver con la originalidad virgen y profunda del pueblo.

En 1912, siendo un joven profesor de Letras de la Universidad de Oviedo, lanzó aquel mensaje conmovedor donde pintaba el vivo el imponente anacronismo de las Universidades españolas, e invitaba a salir a reencontrar y a servir a la España viva, que estaba desamparada y sin luz.

En 1916 le invitaron a fundar los estudios de letras hispánicas en la Universidad de Columbia, en Nueva York. Allí va a iniciar una labor de prodigioso alcance. Todo lo que en los Estados Unidos, al nivel universitario, se ha hecho para estudiar y conocer la civilización, la historia, y los letres del mundo hispánico tiene su directa raíz en la enseñanza y en la obra de Onís. Fue un Adelantado a la gran manera creadora de sus antepasados del siglo XVI.

Nunca fue un político militante, pero creía en la libertad y tenía la religión de la fe en la dignidad irrenunciable del hombre. No estuvo nunca enteramente de acuerdo con la vana partería de muchos de sus amigos republicanos, pero cuando la República fue destruida a sangre y fuego, se quedó con su derrotada bandera, en un destierro a que él mismo se había condenado. Solo los que lo conocimos cercanamente podemos medir la intensidad del sacrificio que fue para él renunciar voluntariamente de por vida a volver a España.

En los años de la vejez se fue a Puerto Rico, en busca del rescoldo de lo español, a enseñar con la palabra, con el ejemplo, con la tenaz devoción por lo esencial.

Envejecía como Don Quijote, entero, firme, combativo, empeñado en llamar a los seres y a las cosas por sus estallantes nombres. Hablaba y disputaba todo el tiempo con sus grandes muertos, y con los vivos que le parecían merecer esa compañía. A su lado estaba, en la más afectuosa e intransferible de las guardias, la figura admirable de esa

insigne mujer que se llama Harriet de Onís. Allí estaban en sonora ausencia, o en antagónica presencia Unamuno, Ortega Machado, Lorca, Juan Ramón Jiménez, Galdós, Cervantes, y también los místicos y Jorge Manrique y Séneca.

De ellos aprendió a hablar con supremo dandán y sabio desdén de la vida y de la muerte. Era suya la suprema condición de los estoicos de ser inaccesible o invulnerable al mal o al temor.

Cuando el zarpazo del mal lo quiso convertir en un guñapo viviente, su maestro Séneca le dijo quedamente lo que había que hacer. Con su propia y firme mano cortó el camino largo y fecundo de aquella vida que salió de la plateresca plaza de Salamanca para no volver.

ARTURO USLAR PIETRI

Caracas, Venezuela, 1966.
